

fiereza. Rosa, en una palabra, era realmente lo que los rondadores de amoríos llaman mujer apetitosa.

El primer día que se fué á servir en casa de Jaime, ya llamó la atención de éste, y de contento retozábale la alegría por el cuerpo. Contemplábala ufano, casi émbobado, y en seguida puso sitio á la plaza, pero le resultó plaza inexpugnable. Ni parlamento admitió. Jaime, febril, había intentado un asalto con todas las reglas del arte, que se saben al dedillo todos esos solterones convertidos en adocenados Tenorios. Pero no tuvo más remedio que quedarse en las mismas posiciones de antes del asalto.

Como dolerle el fracaso, no; lo que le contrariaba, ó mejor dicho, le ponía fuera de tino era la determinación de aquella chica. Háblale dicho sin vacilaciones que se buscara otra criada. Marchábase dentro de poco ó sea al concluir el mes.

Desde entonces un anhelar triste y sombrío como día sin sol retuvo el alma de Jaime en la mayor de las negruras y no le daba momento de sosiego. Atribuyólo primero al orgullo, al amor propio del Tenorio ofendido, sulfurado por la derrota. Pero conquista más ó conquista menos no perturbara su tranquilidad de inconsciente. Sin cuidado le tuviera que una mujer huraña con aspiraciones á nueva Lucrecia rechazara su pasión carnal. Estaba abroquelado para los tropiezos del galanteo de bajo mano.

Algo más grande le transtornaba, algo que le sacudía furiosamente el alma. En la historia de su vida venía á ser no como uno de sus tantos devaneos, sino como un gran acontecimiento de esos que dejan huella intensa de su paso.

De atreverse hubiérale dicho: véte, no esperes la conclusión del mes. Pero despacharla era separarse de ella. Y necesitaba verla, oírla, tenerla allí, á su lado, no por un deseo insano, sino por un sentimiento puro, hasta en tales momentos, para él desconocido; un sentimiento noble y generoso, pero que le envenenaba la vida y le destrozaba el corazón. Ennoblecíale á Jaime el nuevo sentimiento y le transformaba en otro hombre.

¿Por qué Rosa no ha de ser mi cariño único? pensó. Suya para siempre. Su mujer, su esposa.

Jamás en sus amoríos hizo lo que en la ocasión aquella: declarar amor no mentido, sino sincero y apasionado, y dar palabra de matrimonio. Como un nuevo ardid lo tomó ella y se mantuvo más firme. Suplicó Jaime. Por primera vez no mentía pasión; del alma sa-

lian sus palabras; pero persistía la chica en no dar oídos á las súplicas y buenos deseos de su amo. Al fin convenciése éste que el corazón de Rosa tenía ya dueño, é inútil cuanto la dijera.

¡Rosa de otro! Ni que el mundo se cayera sobre del pobre hombre. Llenaba su cerebro tal idea, absorvía las demás. Diera para olvidarla hacienda, todo. Espantábale y no había para menos. Con aquella cachaza que Dios le deparó no conocía preocupación, angustia: siempre como si la gaita andara por el lugar. Quebraderos de cabeza tenía sólo los de cuidar á sus bestias; disgustos, los que los perros le ocasionaban al morirle alguno ó recibir una paliza. Pero desde la negativa de Rosa un malestar le apenaba y como si le enloqueciese, subiéndole de punto al contemplarse en el espejo, y ver reproducida como con sarcástica fidelidad su caraza de luna llena, afeitada y áspera, sus mejillas sanguíneas, sus ojos de sapo, sus labios carnosos y mal juntados, su pelo cano con su calva insultante. ¡Oh! rabioso deseo triturábale el alma: el de ser joven ó cuando menos parecerlo. Forjábale la ilusión de que con unos cuantos años menos, Rosa no le hubiera dicho que no, de que sería suya. ¡Pero ahora!.... Una lágrima gruesa, amarga, se deslizaba de sus ojos, ardientes de despecho, y resbalando, resbalando, lamía aquella piel recia, y formándosele adentro algo como un nudo fuerte le agarrotaba el corazón hasta hacerle lanzar un suspiro que por lo angustioso parecía salir de lo más hondo de sus entrañas.

Además, por primera vez en su vida se dio cuenta de que estaba solo, solo completamente sin voz cariñosa infundiéndole vida, calor á la soledad que sentía á su alrededor. Nunca había reparado en el frío que su alma cobijaba. De sus pasadas aventuras amorosas, conservaba únicamente tedio, escepticismo, desengaños. Su tranquila y regalada vida de solterón acomodado, causábale amodorramiento. Hasta la placida quietud de su casa le desesperaba y contribuía en hacer más negra su amargura. Nunca se había fijado en ello pero ahora, sí. Y como se le agrandaba su pena contemplando á su vecino de en frente que al volver de su cotidiano trabajo, su mujer, fresca y limpia, con la dicha pintada en la cara, y con un rorro, gordo y coloradote, en los brazos, salía alegremente á recibirle despidiendo aquel grupo como cierta atmósfera de felicidad. Jaime adivinaba el nido de amor que allí, á dos pasos de él, existía. Y por primera vez en su vida la felicidad de los demás desasosegabale.